

cerca del gobierno inglés,» escribía al príncipe de la Paz, «habrá sin duda, convencido á la Majestad Católica que no tengo otro objeto que el interés y la felicidad de la generación presente.»—19 de Febrero.—La demostración era, en efecto, concluyente y sobre todo se hacía con poco gusto. ¡Cómo poner de hoy más en duda las intenciones de ese filántropo desconocido!

Esta especie de fantasía pacífica termina con un fragmento á grande orquesta ejecutada solemnemente en presencia del Senado y de los miembros de la consulta italiana á quienes había encargado que fueran á ofrecer á Napoleon la corona de Italia. Procuró en su discurso hacer resaltar de una manera particular la extrema moderación que presidía á todas sus transacciones políticas. Hemos conquistado la Holanda, la Suiza, las tres cuartas partes de Alemania; el reparto de Polonia y la conquista de las Indias, que habían roto el equilibrio europeo en perjuicio nuestro, nos daban el derecho de guardar esas provincias. Sin embargo, las hemos devuelto. Holanda y Suiza son independientes. Los príncipes de Alemania gozan de mayor brillo y esplendor del que tuvieron jamás sus antecesores.

La reunión del territorio de la república italiana hubiese sido ventajosa y útil á Francia; sin embargo, «hemos proclamado su independencia en Lyon, hoy todavía hacemos más, hoy proclamamos el principio de la separación de las dos coronas de Francia é Italia. En vano el genio del mal buscará pretextos para continuar la guerra; nunca provincia alguna será incorporada al imperio.»

Quedaban, pues, advertidas las potencias europeas. Lejos de tener derecho en quejarse de Francia, en razón de las infracciones cometidas en los tratados de Luneville y de Amiens, nos debían un profundo reconocimiento por habernos dignado dejarles alguna cosa. ¡En cuanto á sus quejas por lo de Holanda y Suiza esto eran puras majaderías, esos anexos del imperio francés no habían dejado de ser nunca independientes! En fin, la creación del reino de Italia, lejos de ser un motivo de alarma, era un nuevo beneficio. Si era necesario juzgar de la sinceridad de la promesa solemne que terminaba el discurso imperial, por la sinceridad de sus declaraciones, hay que convenir que los gabinetes europeos tenían motivos para desconfiar de tal lenguaje, y tal fué en efecto la sola impresión que produjo. Cada día los llevaba una nueva razón á unirse contra nosotros, pues no habían todavía vuelto en sí de su sorpresa con motivo de la monarquía italiana, cuando tuvieron noticia de la transformación semi-mo-

nárquica de Holanda en provecho de Schimmelpenninck, criatura é instrumento de Napoleon, quien bajo el título de gran pensionario de Holanda no era en realidad mas que el pensionario de Francia.

Esos sucesos hicieron más fácil la tarea de los enemigos de Francia. Mientras Napoleon caminaba triunfalmente hacia Milán para ceñir la corona de los reyes lombardos, en medio de las aclamaciones de un pueblo para quien las palabras mágicas y sin cesar repetidas de «patria italiana,» hacían olvidar las humillaciones del yugo extranjero, Pitt y el emperador Alejandro daban la última mano á la obra paciente y difícil que habían emprendido de un común acuerdo; redactaban después de largas negociaciones, el tratado de Alianza que debía reconstituir contra Francia la coalición europea.

Desde el 6 de Noviembre de 1804, Austria tenía firmado con Rusia una convención secreta de un carácter estrictamente defensivo, análoga á la que Rusia había ya contraído con Prusia. Esta convención no comprometía á Austria sino en el caso de el *statu quo* se turbara en Italia, ó en los países otomanos á consecuencia de nuevas invasiones de Francia; muestra hasta qué punto eran poco belicosas de momento las disposiciones de esta potencia, por cuanto no eran motivos lo que le faltaba para declarar la guerra á Francia. Ese resultado era demasiado pequeño para satisfacer á Alejandro. Bajo la influencia de ideas á la vez ambiciosas y filantrópicas, que habían hecho nacer en su espíritu su papel efímero de árbitro de Europa, alentado por otra parte por los jóvenes llenos de generosidad y de ilusiones que dirigían la política rusa, ese príncipe había concebido planes magníficos en los que se revelaba muy por adelantado la imaginación mística del amigo de la señora de Krudner. Tenía en vista, no sólo reprimir las invasiones de Francia, sino asegurar definitivamente la felicidad y regeneración de los Estados europeos, por medio de una más equitativa repartición de territorios, y por la adopción de un derecho público eficaz y sancionado.

Fué llevado á Inglaterra el plan de Alejandro por uno de los miembros más entusiastas de este apostolado humanitario, por Nowosiltzoff, que llegó á Londres en los primeros días del año 1805. Pitt escuchó gravemente la exposición de este idillio diplomático decorado con el nombre de *Alianza de mediación*, pero no tardó en hacer comprender al joven embajador la conveniencia de aplazar todavía algún tiempo la felicidad del género humano, para atenderse de pronto á lo necesario y á lo posible. Hacer retroceder la ambición de Napoleon y crear barre-

ras bastante fuertes para contenerla en lo sucesivo dentro de justos límites, tal le parecía que debía ser á Pitt la obra de momento. Todos los otros objetos eran, según él, secundarios después de éste, y no podían hacer mas que crear dificultades por lo menos inoportunas; conseguido una vez ese gran fin siempre quedaría tiempo para discutir las utopías de Alejandro. Fué, pues, separando unas tras otras todas las innovaciones del plan de Alejandro, y no dejó subsistentes con corta diferencia mas que las estipulaciones que habían formado el fondo del programa de Luneville y de Amiens.

Conforme, pues, á los términos del tratado firmado en Petersburg el 1.º de Abril de 1805, por Nowosiltzoff y Lewison Gower, las dos potencias contratantes se comprometían á ayudar en la medida de sus esfuerzos á la formación de una gran liga europea, destinada á asegurar la evacuación del Hannover y del Norte de Alemania, la independencia efectiva de Holanda y de Suiza, el restablecimiento del rey del Piamonte, la consolidación del reino de Nápoles, y en fin, la completa evacuación de Italia inclusa la isla de Elba. Un artículo especial estipulaba que para nada se tomaría en cuenta el gobierno interior de Francia, que nadie se apropiaría nada de la conquista, y que al terminar la guerra un Congreso general arreglaría la situación de Europa. Como Inglaterra rehusó prometer la evacuación de Malta, el emperador Alejandro no firmó ese tratado sino condicionalmente. La ratificación quedó aplazada. Reservóse además, Alejandro, la facultad de hacer cerca del emperador Napoleon nuevas aperturas de mediación á fin de evitar la guerra; prometíase un grande efecto de este arbitraje propuesto esta vez en nombre de toda Europa; pues estaba seguro de llevarla entera tras sí, excepto Prusia. Su enviado Winzengerode se había en vano esforzado en atraer á esa potencia vacilante y versátil que quería á la vez estar bien con todo el mundo. Esperaba todavía enriquecerse sin exponer nada, y no sintió la necesidad de pronunciarse sino cuando ese partido no podía dejar de serle funesto. Winzengerode fué más afortunado con Austria, la cual, después de algunas tergiversaciones, se decidió en principio, al tener noticia de los cambios que se operaban en Italia, salvo debatir ulteriormente con sus aliados, y particularmente con Inglaterra, la gran hacendista de la coalición, las condiciones de su aquiescencia al tratado. Por adelantado se contaba con el concurso de Suecia y de Nápoles, y hasta el último momento se guardó la esperanza de la adhesión de Prusia inti-

midándola con una demostración amenazadora operada sobre su frontera.

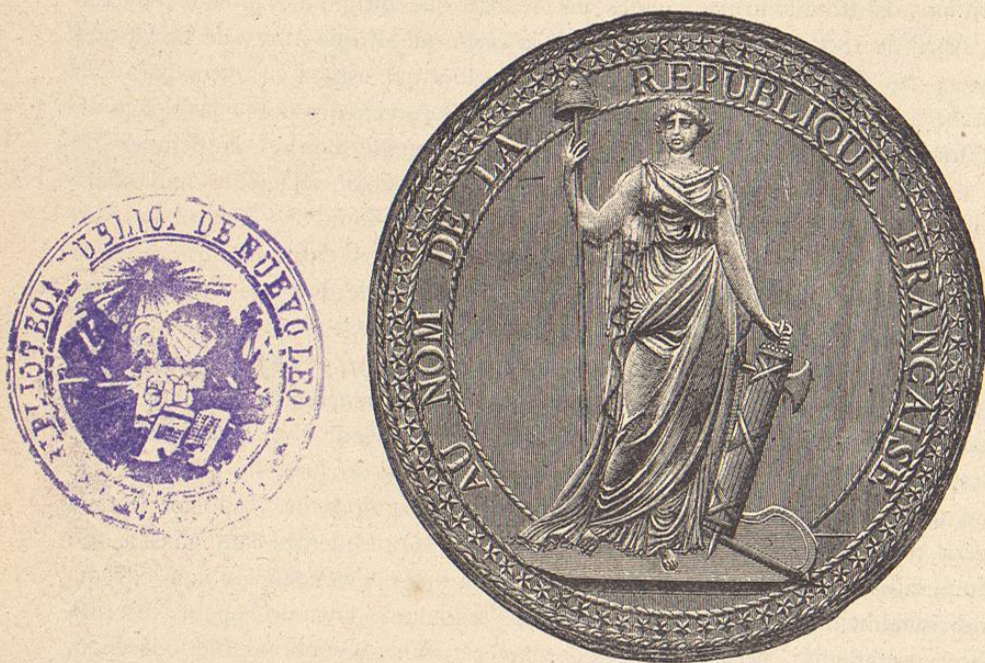
Así todo se preparaba en Europa para la renovación de una conciliación contra Francia. Por grande que fuera la reserva llevada en esas negociaciones, en el secreto estaba todo el mundo, tanto la cosa parecía lógica y racional. Napoleon, que hacía desmentir el rumor en los diarios, sabía mejor que nadie cuán fundado era; sus enemigos mismos habían tenido buen cuidado en enterarle como si hubieran querido advertirle antes de cargarle.

Desde el mes de Enero de 1805, el gabinete inglés, en la nota que dirigió á Napoleon en contestación á la carta que dirigió al rey de Inglaterra, le había hecho saber que estaba en tratos para una inteligencia con las principales potencias del continente y «particularmente con el emperador de Rusia, con quien le ligaban relaciones muy confidenciales.» Multitud de síntomas más claros, las idas y venidas de enviados extraordinarios de una capital á otra, los avisos de nuestros diplomáticos, las relaciones de las *Gacetas* extranjeras, y los inusitados movimientos de tropas habían confirmado la exactitud de esta afirmación. Sin embargo, por muy avanzado que estuviera el proyecto, nada se tenía por irremediable. Austria, la primera que estaba expuesta á los golpes de Napoleon, estaba semi-arruinada por las precedentes campañas; así no se comprometía á una nueva coalición con extrema repugnancia, por lo que todavía no la había suscrito; Prusia permanecía en su inquebrantable indecisión, y si hubiese sido necesario pronunciarse á toda costa, tal vez se hubiera inclinado por Francia; convenientemente tratada por la política francesa, esta potencia podía contener en jaque el continente; en fin, el mismo Alejandro no estaba ligado de una manera irrevocable. Picado por el desdén con que Pitt había tratado sus planes de regeneración europea, le hubiese encantado el tomar su revancha resolviendo por la vía diplomática las dificultades que Pitt quería cortar con la guerra.

Para llegar á dicho fin se había decidido á hacer las más grandes concesiones; él solo había insistido para que se hiciera un nuevo esfuerzo en favor de la paz cerca de Napoleon; al efecto quiso que de ello se encargase Nowosiltzoff, el confidente de todos sus pensamientos, con encargo de que llevara al mismo las disposiciones más conciliadoras, aprovechándose de que nada se había concluido de una manera definitiva en lo que se había tratado con Inglaterra, quería ofrecer á Napoleon condiciones mucho mejores que las del tratado. Nowosiltzoff

tenía por instrucciones mantener inviolablemente la evacuación del Hannover y de Nápoles, y la independencia de Holanda y Suiza, pero estaba autorizado á hacer en Italia á Francia una parte mucho mayor de lo que tenía derecho á esperar, pues Alejandro consentía en que se dejase subsistente el estado actual de cosas, con la sola diferencia de que el rey de Cerdeña recibiría Parma y Plascencia como indemnización del Piamonte, y que el reino de Italia se daría á un príncipe de la casa de Bonaparte.

Por lo demás, el negociador animado del espíritu transigente é insinuante de su amo, debía emplear cerca de Napoleon los miramientos más delicados y evitar con cuidado todo lo que podía herir su susceptibilidad; así tenía orden de no hacer ni siquiera alusión á algo que pudiera implicar la participación de Inglaterra ó de Austria con el paso dado por Alejandro. Nowosiltzoff partió para Berlín en donde debía pedir pasaportes al gobierno prusiano á consecuencia de la ruptura de relaciones diplomáticas entre Rusia y Francia, y en los primeros días de



Gran sello de la República francesa.

mes de Mayo de 1805, Napoleon recibió en Milán una carta del rey de Prusia, que le notificaba la misión del representante de Alejandro.

¡Cuán lejos no estaban estas disposiciones de las que se le suponían! Cuando se lee su respuesta al rey de Prusia y la nota de Talleyrand que la acompañaba, uno ha de preguntarse si no tenía la idea fija de llevar á Europa á la guerra á fuerza de desafíos y de provocaciones. En verdad no niega los pasaportes pedidos para Nowosiltzoff, pero no podrá recibirle más que en Julio, es decir, ¡dos meses más tarde! ¡Dos meses de retardo en un momento tan crítico en que las horas valían por días! Y en el intervalo iba á hacer cosas de las que había de resultar imposible toda conciliación.

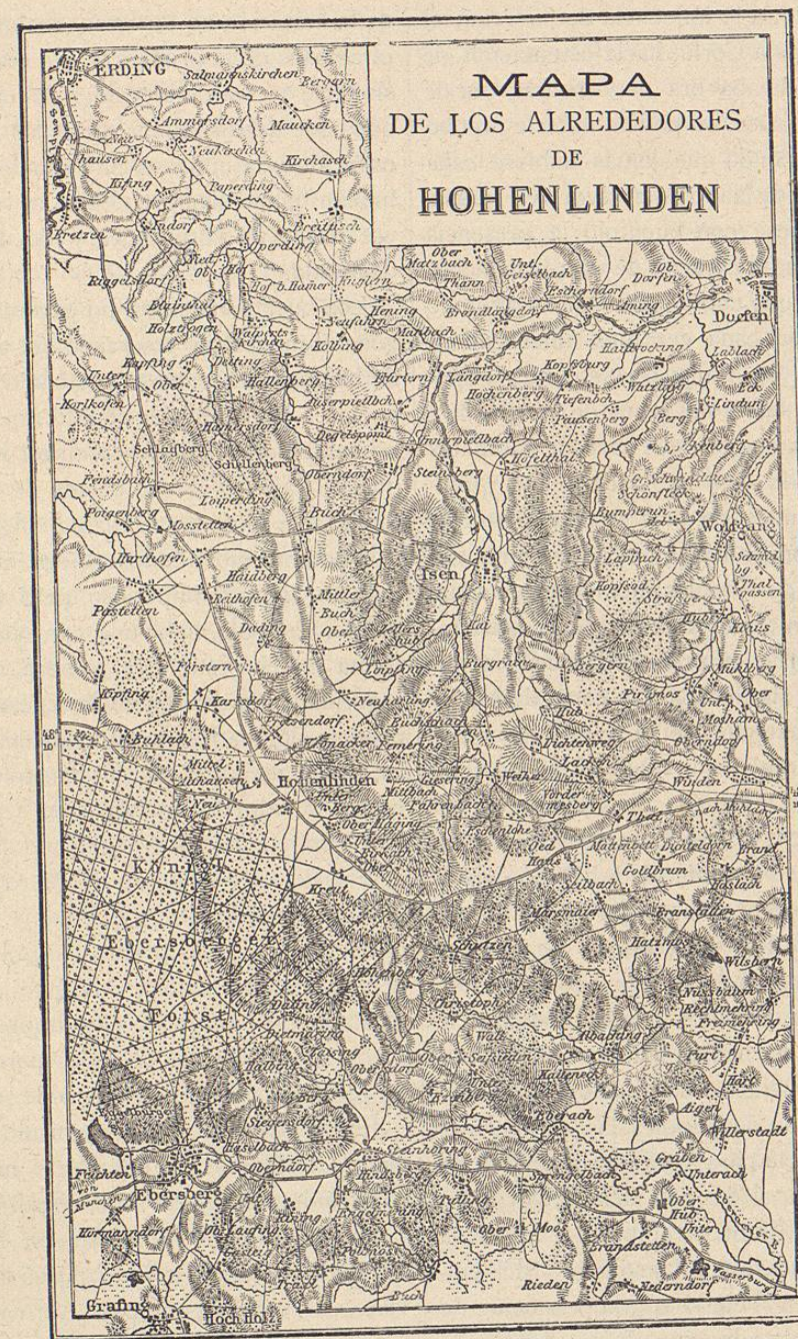
Escribíale al rey de Prusia, «que nada esperaba de tal mediación; que Alejandro estaba siempre incierto y era demasiado débil, y que de ello no es-

peraba nada bueno para la paz general. Yo deseo la paz hermano mío..... Yo no tengo ambición; yo he evacuado dos veces la tercera parte de Europa sin estar obligado á ello, yo no debo á Rusia respecto de los negocios de Italia más cuenta que la que ella me debe á mí de los de Turquía ó de Persia. Toda paz con Inglaterra ha de contener para ser segura la cláusula de cesar de dar asilo á los borbones, á los emigrados, y de contener á sus miserables escritores.»—9 de Mayo de 1805.—Estas palabras no eran para alentar á los negociadores. El historiador Thiers ha escrito que en el caso de una paz sólida Napoleon no habría hecho objeción á la evacuación del Hannover, Nápoles, la Holanda y hasta la Suiza; que sobre todo esto no debía oponer dificultades serias. Su correspondencia demuestra, por lo contrario, hasta la evidencia que estaba muy lejos de la idea de ceder en lo más mí-

nimo, excepto en lo de Hannover, y hasta en el último momento cuando era para él de un interés capital arrastrar á Prusia, prohibió á Talleyrand adquirir compromiso alguno con esta potencia respec-

to de Holanda, de Suiza y de los Estados de Nápoles.—22 de Agosto de 1805.

Sorprendióle la carta del rey de Prusia en medio de preocupaciones que no se parecían gran cosa al



desinterés que se complacía en afectar. Desde que tomó el título de rey de Italia, la tentación ya muy antigua de hacer concordar las cosas con las palabras, y de poner la mano sobre toda la península, había alcanzado en su alma un imperio irresistible. Nada le parecía más fácil que su último cambio,

gracias á la resignación aparente de Europa y á todo lo que había hecho ya para prepararla. Los Estados, todavía independientes de nombre que subsistían en Italia, de hecho estaban entregados á su discreción. Génova, Luca, la Etruria no eran autónomas más que de nombre; en cuanto al reino de Nápoles,